



Vol. 11, No. 1, Fall 2013, 375-379

Review/Reseña

Baltar, Rosalía. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata: EUDEM, 2012.

Sombra terrible de De Angelis

Gabriel Cabrejas

Universidad Nacional de Mar del Plata

“En uno y otro bando se cometieron crímenes que llevaban ese triple sello (ferocidad, crueldad, horror), sólo que en las filas federales no hubo un poeta con la capacidad de convencer de que asesinos y perversos de esta laya militaban únicamente en el bando contrario”. La sentencia no pertenece a un historiador sino a un *letrado*, Osvaldo Lamborghini, y la propia Rosalía Baltar la incluye en su tesis doctoral, al fin publicada (Baltar 2012: 82) . El discurso de los vencedores unitarios se impuso, no sólo porque vencieron y entonces impusieron su versión y diversión de la Historia, sino porque los vencidos federales no tuvieron, precisamente, un discurso estético de fuste que lo contrarrestara por la calidad de su pluma. Y sin embargo, es posible “vislumbrar la época de Rosas no como una gran charca de sangre sino como un cuadro en el

que prima la perspectiva, el rasgo, el punto de vista, la diversidad y el matiz” (15). La medulosa investigación propone un arranque tan singular como ese mundo. *Letrados*, de suyo, es una matriz singular en torno a la figura del *intelectual*. Ya se refiere Altamirano (2008) a la riqueza de posibilidades del concepto aplicado a los hombres de su tiempo: el letrado colonial, el patriota, el erudito coleccionista, el artista, el publicista, el jurista, el cronista. No se trata, concretamente, del intelectual volteriano de la Ilustración francesa, ironista multigenérico, independiente, halagado por las distintas cortes y odiado en partes iguales. Aquí es sinónimo de *experto* e *integrado*, esto último en el sentido de Umberto Eco pero sin dejar de luchar, bien que sigilosamente, por un mínimo de autonomía. *Letrado* es ahora el hombre de formación académica, permeable a navegar en aguas turbulentas, en el *tiempo de Rosas*. Y desde el lugar más incómodo aunque en apariencia menos peligroso, el oficialismo. En efecto, los jóvenes románticos del *Dogma Socialista*, con Alberdi y Echeverría en el directorio, y en otro rincón de la geografía sudamericana, Sarmiento, acumulan y segregan su rencor de exiliados sin excesivo riesgo para sus vidas y muy poco para su libertad de expresarse, mientras los letrados del Brigadier General—Carlo Zucchi, Giuseppe Venzano, Pietro de Ángelis—sobreviven, reflexionan y producen en las fauces mismas de la Dictadura. La curiosidad excepcional de estos personajes los inserta en una bazaría mayor, la Argentina. Italianos, refugiados políticos y eruditos, se convierten en la variopinta *intelligentzia* del Restaurador, como si dentro o fuera de este país en ciernes, solamente el ostracismo y la extranjería pudieran engendrar la vida del pensamiento.

Partiendo de una compilación previa de reciente divulgación, el epistolario *Lettere dai due mondi*, de Gino Badini (1999), que recoge la correspondencia entre Zucchi, De Ángelis y otros, más los volúmenes de Josefa Sabor sobre de Ángelis (1995), los trabajos de Fernando Aliata y su equipo en torno a Zucchi (1998, 2006, 2008), de Horacio Crespo en el libro de Carlos Altamirano (*Historia de los intelectuales en América Latina*, 2008) ya mencionado, el reconocimiento tardío de historiadores como Levene, y su propia labor en los catálogos del Archivo General de la Nación, la autora explora el temperamento de estos hombres, sus proyectos incumplidos (e incumplibles), sus frustraciones, esperanzas y hasta la cotidiana ansiedad material y

económica, su implante controversial en un medio que no llegan a comprender del todo nunca y dentro del cual trastabilla la cultura de origen, y el antagonismo desbocado, salvaje casi, que supuran del otro lado del estuario los vates unitarios. Deleuze y Guattari hablarían de una *literatura menor*: nacidos y criados en otro idioma, aprenden el castellano y entonces será ése el vehículo de su registración escrita. Una lengua de adopción gracias a la que, *malgré lui*, cada cual en tierra extraña verterá su afiebrada maraña de imagerías, comentarios, apostillas, diatribas, planes y planos, previamente *pensados* todos en *otra* lengua.

El “opaco Río de la Plata”, en los años 30 del siglo XIX, no era Amberes o Venecia, y aún así *podía* serlo en la visión de estos itálicos cultos; después de todo Buenos Aires “corazón que tenía su ritmo cultural” y “futuro centro imaginado” (14) de lo que hoy se llamaría un Occidente *extremo*, no contaba con menos habitantes que Padua o Granada. Conscientes de que la utopía de la liberación que alentó el pasado jacobino europeo se llegaría a alcanzar en esos confines, y que, portadores de tamaña herencia, piensan que “el país receptor debiera estar agradecido de recibirlos” (57) en vez de esperar a que ellos les agradezcan el asilo. Zucchi, fervoroso napoleónico, carbonario y condenado a muerte por la Restauración—la de Francia, claro—recala en el puerto de las Provincias Unidas con pocas ilusiones de retorno. Se sienten *demasiado* aptos para un ambiente remiso a las innovaciones, de mentalidad agreste y enfrascado en hostilidades sin término: “aquí estoy vegetando, no del todo verde y algo marchito” (43), confiesa Venzano en sus cartas. El cólera asiático que asuela Piemonte quita ánimos a Zucchi de emprender la vuelta. Sus infinitas melancolías ponen de relieve el “inestable vínculo entre letrados y gobierno, a uno y otro lado del extenso mar”(40). El ingreso confidencial de Baltar al contenido de las misivas que se envían revela una constatación microhistórica, la del cuentapropista del intelecto en pugna por conseguir sustento sin humillarse, oscilante entre la obsecuencia al régimen con sus altos costos morales y la mínima independencia financiera que le habilitara eventualmente escapar de ellos. El diseño de medallas, el costo ínfimo de impartir clases particulares, la fundación de instituciones educativas que duran un suspiro y le implican un

desembolso de su propio peculio (un fugaz liceo de señoritas), agotan a De Ángelis en una carrera sin destino.

Polígrafo, periodista, recolector de documentación, plaguario a veces, este napolitano consigue ser el historiador oficioso de Rosas a través de su pretenciosa *Colección de obras y documentos para la Historia del Río de la Plata*, que el mismísimo Restaurador corrige, bajo su implícita aceptación, resguardando su lugar en el proceso. El intento abriga una doble finalidad, la que de suyo nutre cualquier lectura *científica* del historiador: crear una narrativa de la memoria, de gestión neoclásica, y cementar un *anclaje institucional* para sí que a su turno *justifique* el presente mediante un árbol genealógico tan verosímil como arbitrario, “legitimar la legalidad y naturaleza” del sistema rosista (119).

Echeverría como contemporáneo, y más tarde Ricardo Rojas a la hora de despachar su historia de la literatura argentina—de paso sea dicho, otro intento fundacional recopilatorio, en las antípodas del italiano—no escatiman bilis para denostar, mejor defenestrar a ese intruso enquistado en un gobierno al que el primero odia con su alma y el segundo con su mirada retrospectiva. Baltar resalta la foucaultiana diada saber/poder. La “retórica insuflada de resentimiento”(173) encarece una cierta conciencia misional de la literatura, “que adjudica un lugar de privilegio a una voz autorizada para matar por la razón (de Estado) la religión o los ideales supremos. En esto no se diferencian los textos rosistas y los de los románticos” (158-9). Echeverría, “*mazorquero* de la palabra”, degrada y animaliza: “deyección inmunda de su corrupción intelectual y moral, el regalo más funesto que podía hacernos la Europa” (181). Esa *otredad* invasiva que De Ángelis encarna se imbuye del racismo tan caro a una generación amante de lo francés y lo británico, y anticipa las simetrías de los 80 respecto del aluvión peninsular, esa inmigración indeseada que termina decantando en el estilo epigramático de Rojas: “poliglotía cortesana, gesticulación meridional, sicario de las letras” (83-4). De Ángelis le responde a su adversario de entonces de modo lacónico, tal vez abrumado o culposo, o simplemente despreciativo, y abarcando a *todos* los emigrados: “inquietos presumidos”, “holgazanes aficionados a la literatura romántica” y “demagogos”(209). “De Ángelis *impugna* el lugar de la enunciación, al grupo social que cree en sí y no es representativo de la

mayoría y se alía a las fuerzas extranjeras” y Echeverría “*defiende* el lugar de enunciación, al que un extranjero adicto a Rosas no podría pertenecer” (210).

Múltiples por necesidad y ansia de encontrar su puesto en el mundo, los esfuerzos incompletos de los *letrados* de Rosas se enmarcan, como un espejo al rostro original, en la fisonomía incompleta de su época. Lo que los torna fascinantes es que se interrogan siempre si están capacitados mientras procuran demostrarlo en la práctica intelectual. Que de Ángelis se acostumbrara a “corregir y ser corregido” constituye una forma de aproximación al saber que no alcanza el saber mismo pero se *con-forma* ante la imposibilidad de conquistarlo plenamente, dadas las circunstancias. Publica inclusive un diccionario guaraní, apéndice de la *Colección*, y sueña un tratado sobre los dialectos quichua-araucano-guaraní, osada fantasía visto que los *pueblos originarios* estaban lejos de integrarse a la cultura criolla-colonizadora. Si enarboló su pluma a fin de justificar el presente, queda la sensación de que esperó *ser corregido* por el futuro, y, también, ser *reconocido* por éste como quien fue, un precursor defectuoso, incorrecto pero voluntarioso de un quehacer científico que exige mejores tiempos de realización.

Baltar se desplaza en una dirección inolvidable *desde* las letras y *hacia* la Historia, hibrida fuentes historiográficas y de la pesquisa literaria, bucea en la gramática y la poesía, juega con la heurística y la ficción, bifronte ella como su objeto-sujeto de estudio. El resultado se prevé: un texto sólido y apasionante, general y situado, que habrán de consultar investigadores de las ciencias sociales y, sin duda, marca un rumbo no nuevo, pero que contribuye a consolidar la exploración interdisciplinaria.